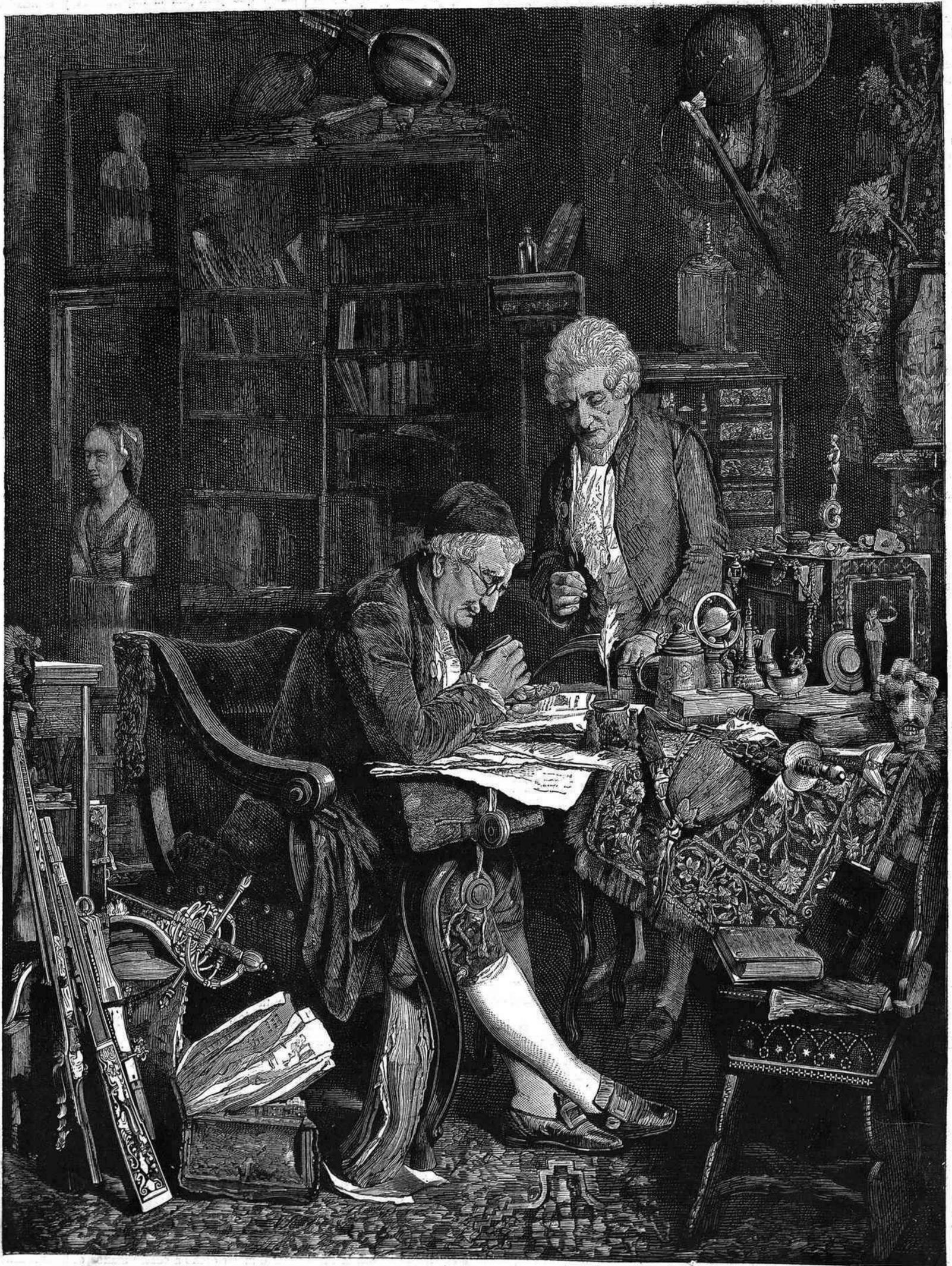




AÑO II

→ BARCELONA 12 DE MARZO DE 1883 →

NUM. 63



EL ARQUEOLOGO, cuadro por E. Charlemont

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL CID, EN CARDEÑA, por Benito Mas y Prat.—LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA (IV y último), por Francisco Giner de los Ríos.—NOTICIAS VARIAS.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—EL ARQUEÓLOGO, cuadro por E. Charlemont.—OFENDIDA... dibujo por J. R. Wehle.—LECCION DE KORAN, dibujo por A. Fabrés.—EL GORILA DEL JARDIN ZOOLOGICO DE BERLIN.—ALUMBRADO PÚBLICO ELÉCTRICO, sistema Partz.—Lámina suelta.—MÚSICA PROFANA, por J. A. Kaulbach.

REVISTA DE MADRID

La crónica y la naturaleza.—Nieve inoportuna.—La Siberia.—La partícula *off*.—La flecha del *partito*.—Elocuencia brutal de los números.—Consideraciones sobre este género de oratoria.—La misa de Verdi.—Extranjerismo de los espectáculos.—El espíritu de los escritores franceses.—Homenaje a un novelista.

¡Lo he dicho otras veces! Entre la naturaleza y los revisteros de periódicos existe una enemistad irreconciliable.

Mis lectores recordarán que yo en mi crónica pasada entonaba casi un himno de bienvenida a la primavera. El aire tibio, el sol esplendente y risueño, las lucientes hojas, los cantos de las parteras aves, los zumbadores insectos, la vida, el amor, la poesía, todo esto iba contenido en esta frase salida de mi corazón regocijado:

¡Estamos en plena primavera!

Pero estas palabras debieron resonar con acentos subversivos en las altas y misteriosas regiones donde se construyen las alfombras de musgo, se abrillantan las hojas, se pintan las flores y se tejen las impalpables alas de las mariposas.

—¿Cómo es esto?—dijo la ceñuda deidad que preside todos los fenómenos de la naturaleza.—¡Un miserable mortal se atreve a sancionar nuestros actos! ¿Qué es él más que un vil gusano de la tierra, ménos perfecto que la oruga que anida y vive en la rugosa corteza de los árboles? Vamos a probarle que nosotros obedecemos tan sólo a nuestro capricho y de ningún modo a los deseos mejor ó peor fundados de los hombres.

Y acto continuo, la deidad misteriosa envió sus órdenes a todos los puntos del horizonte. Los telegrafistas transmitieron imperiosos decretos, por los hilos sutiles llamados *hilos de la Virgen*; los correos de gabinete, cabalgando en sueltas y rápidas nubes, llevaron la hostil consigna de un lado a otro.

El cielo se enturbió; el aire se hizo frío y sutil como si estuviéramos a mediados de diciembre; hubo un instante en que desde la tierra se vió el firmamento teñido de un color aplomado, y los que circulábamos por las calles de esta colmena humana llamada Madrid, dijimos mirando hacia arriba y extendiendo los brazos para recoger con las manos el primer copo que el cielo nos enviaba:

¡Calla!... ¡Pues no está nevando!

* *

Efectivamente; nevaba. La primavera estaba, por de pronto, vencida. Durante más de tres horas revolotearon indolentemente por la atmósfera los infinitos copos de nieve que se asían a nuestros vestidos, dándonos el aspecto de estatuas de mármol.

Madrid, desde hace unos días, no es la capital de España; es la capital de la Siberia. Las chimeneas han vuelto a lanzar por sus bocas, altas y espesas columnas de humo; los abrigos de pieles han acariciado nuevamente los ateridos cuerpos. Las pulmonías han cruzado nuestras calles, diciendo:—¿Dónde nos meteremos hoy? y hasta la estatua de Mendizabal de la plaza del Progreso ha tenido conatos de embozarse en la capa de bronce que pesa hace muchísimos años sobre sus hombros.

La decoración de las afueras cambió por completo.

Salid por cualquiera de los extremos de la capital y no vereis en lontananza más que montañas cubiertas de nieve que nos hacen el efecto de las congeladas olas del mar del Norte.

Unos cazadores que se hallaban por aquellos parajes durante la nevada, han empleado el plomo de sus escopetas matando focas y osos blancos, en vez de liebres y conejos.

Yo mismo estoy interrumpiendo a cada párrafo esta revista para soplar los dedos; y si no temiera ser acusado de internacionalista ó partidario del nihilismo ruso, añadiría una partícula a mi apellido, firmaría *Bofilloff* en vez de Bofill á secas.

* *

Por fortuna esta jugarreta de las *fuerzas naturales* no puede prevalecer mucho tiempo. El frío que ahora se siente, extemporáneo, inoportuno, inverosímil, anacrónico... reaccionario, tiene el carácter de aquellas flechas que disparaban los antiguos Parthos sobre sus enemigos, volviendo la cabeza al mismo tiempo que huían.

¡El frío va derrotado! La victoria concluirá por ser nuestra; y los números de la escala termométrica que serán recorridos por el sensible mercurio encerrado dentro del frágil tubo, adquirirán distinta elocuencia de la que atribuye a la numeración un medicinal reclamo que he leído en la *Correspondencia* de estos días.

Es curioso. El suelto empieza así:

«La estadística ha probado con la elocuencia *brutal* de los números que las afecciones de los pulmones y del

hígado han tomado un desarrollo espantoso y alarmante...» etc.

El objeto de este trozo de literatura no es más ni ménos que recomendar la eficacia curativa del jarabe de *hipofosfito de cal*, y no seré yo quien niegue a la sustancia antedicha sus virtudes terapéuticas.

Pero los autores del suelto, a la vez que pretenden curar las afecciones del pulmón y del hígado, han venido a introducir la anarquía en las matemáticas.

Desde el momento en que los números se enteren de que tienen elocuencia, cada libro de Cortazar ó de Ciorodde se va a convertir en un palenque de oratoria. ¡Adios entonces la fijeza é inflexibilidad de las operaciones matemáticas! Cada número querrá obtener su parte de elocuencia *brutal* correspondiente; y si el 1, por ejemplo, no llega a entusiasmar a las multitudes, el 5 alcanzará ya un grado bastante notable y el 9 rayará en el límite de la brutalidad tribunicia.

Esto es sacar las cosas de quicio. Conozco la elocuencia brutal del león del Retiro cuando estremece con sus rugidos a las criadas y a los horteras que forman corro junto a su jaula, en las tardes de los días festivos; y el toro que sale mugiendo y empieza a escarbar la arena del redondel de la plaza, debe pronunciar indudablemente un gran discurso para los inteligentes del espectáculo taurino. Sé que el lobo tiene su elocuencia *brutal* *cifrada* en los aullidos, y que cuando el cuervo grazna se parece a un furibundo internacionalista predicando destrucción y muerte.

¡Pero los números! ¡Vamos! nunca se me hubiera ocurrido sospechar que gozaban de tales facultades retóricas.

Instruido ya respecto de este particular, cuando tome un billete de la lotería, pediré que me den un número elocuente, y en las altas horas de la noche, durante las horas de insomnio, abriré cuidadosamente la cartera en que el *orador* se halle encerrado y le diré:

—¡Ea! ¡mientras llega el momento en que me has de hacer feliz, haz el favor de pronunciar alguna bestialidad para ver si logro quedarme dormido.

Ayer tomé un coche en la Puerta del Sol.

—¿Qué número tienes? pregunté al cochero.

—¡Ah! señorito, —me dijo,—un número que puede poner cátedra cuando quiera. El más alto de todos los carruajes de Madrid ¡Ya ve V., hasta mi caballo habla en latín. Ya sabe decir: *Stultorum est numerus*.

* *

Pero el latín ha sido estos días un lenguaje teatral. *La misa de Verdi* cantada con gran aplauso en el Teatro Real, ha venido a inaugurar la serie de representaciones en idioma distinto del castellano que nos amagan hace tiempo, y que tendrán pronto realidad completa en varios coliseos de esta corte.

La misa de Verdi fué un importante acontecimiento artístico. ¡Qué belleza! ¡Qué grandiosidad! ¡Cuánta inspiración, y qué modo tan elevado de sublimar el espíritu! La función se dió a beneficio de las víctimas causadas por las inundaciones de Verona.

Los mágicos acentos de la religiosa composición musical trasformaron en agua bendita las desastrosas oleadas de las inundaciones.

Dicen que el empresario Sr. Rovira asistió a la función con mitra y báculo de obispo. Pero no se le vió. Hallábase escondido en el fondo de un palco. La mayor parte de las señoras hojeaban con fervor su elegante devocionario. ¡Era el *libreto*!

* *

Dos compañías francesas comenzarán a funcionar dentro de poco: una de *vaudeville* en la Comedia, y otra de drama en el teatro de Apolo.

Al frente de esta última se halla la distinguida trágica Mlle. Favart.

El espíritu de Víctor Hugo, de Dumas, de Augier, de Sardou y otros notables escritores franceses, flotará dentro de poco en nuestra atmósfera.

¿Puede esto ser acusado de extranjerismo? Tal vez.

Pero junto al mal se halla el remedio, porque la juventud literaria de Madrid festejará uno de estos días con un gran banquete a un novelista español.

¿Es Perez Galdós el único merecedor de ese agasajo, y el primero de nuestros novelistas?

Yo creo que no. Tenemos a D. Pedro A. de Alarcon, estilista sin igual en España, y a D. Juan Valera, cuya manera de escribir es una maravilla.

Este asunto nos dará ocasion para más extensos párrafos.

Entre tanto congratulémonos de dos cosas:

Primera, que aún tenemos notabilísimos escritores; y segunda, que todavía hay entusiasmo para tributarles el homenaje merecido.

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

EL ARQUEÓLOGO, cuadro por E. Charlemont

Si preguntais a un hombre vulgar qué cosa es un arqueólogo, probablemente os contestará:—Es un señor medio loco, que tiene la singular manía de dar dinero nuevo por cachivaches viejos.

Y este juicio, casi siempre infundado, tiene su razón de ser en la conducta del aficionado a antigüedades, conducta inexplicable para todo aquel que ignora la im-

portancia de una ciencia de que, hoy por hoy, ya no pueden prescindir ni la historia ni el arte. Dar, por ejemplo, una luciente moneda de oro por otra moneda vil y muy parecida a un ochavo roñoso; pagar por un viejo mosquete, verdadera carabina de Ambrosio, lo que no vale la más preciosa carabina Lefauchaux; pasar junto a una buena moza sin desviar la vista un solo instante, y contemplar horas enteras una mutilada figura de piedra, sin narices, sin manos y algunas veces hasta sin cabeza; ahorrar en casa de un sombrerero veinte pesetas, usando en cambio un sombrero con tanta falta de hechuras como sobra de grasa, y pagar veinte duros por un objeto de hierro viejo, llamado por buen nombre bacinete y que bien pudiera haber servido para lo que su nombre indica; extravagancias son para las cuales los hombres ignorantes y la inmensa mayoría de las mujeres nunca encontrarán explicación satisfactoria.

Pero el arqueólogo de nuestro cuadro, que conoce la ciencia a fondo, se rie de las vulgares preocupaciones; es consultado con respeto en los casos difíciles, y en su cuarto de estudio tiene reunidos muchos y valiosos ejemplares que justifican la importancia y utilidad de su manía.

OFENDIDA..., dibujo por J. R. Wehle

Se agió la fiesta para la linda jóven... Resintióse su amor propio, y a los veinte años es muy difícil dejarse postergar injustamente, siquiera sea por otros veinte. Desde luego se echan de ver en el dibujo a la ofendida y a la ofensora, ó cuando ménos causa de la ofensa. La respectiva situación hállase perfectamente descrita: la ofendida se ha separado del alegre grupo que es de ver en segundo término, y disimula bastante mal su enojo, arrancando los pétalos de una rosa inocente, ya que no puede arrancarle los ojos a su pérfida rival. Es decir, que la procesion hasta ahora, y como vulgarmente se dice, anda por dentro. La rival, porque de fijo es cuestion de rivales, ó de puro mala ó de puro necia, hace como que quiere desagrar a su compañera; a la cual se nos figura que se le va acabando la paciencia y se siente tentada de imprimir su blanca mano en el no ménos blanco rostro de su *cariñosa amiga*.

Lo único que una mujer no quiere inspirar en este mundo es compasion; prefiere inspirar terror y odio y mala voluntad. Esto nos hace presentar una catástrofe; á bien que en semejantes casos la educacion contiene en sus justos límites el natural impulso. Dos jóvenes de buena sociedad no riñen como las castañeras de don Ramon de la Cruz; lo cual no impide que la ofendida diga para sí misma:

—Pero, Señor... ¿por qué razon las mujeres, en lances de honor, no han de poder matarse como esos pícaros hombres?...

LECCION DE KORAN, dibujo por A. Fabrés

En parte alguna es agradable ser maestro de escuela, y aún pudiéramos decir que ninguna obra de misericordia es tan difícil de practicar como la de enseñar al que no sabe. Pero la dificultad sube de punto, si es posible, cuando el alumno es un africanito en paños menores y alcances más menores que los paños, con una querencia al desierto muy superior á la de la escuela.

Pero la ley de Dios ordena conocer, siquiera de memoria, que es el peor modo de conocer, los versículos del Koran; y un respetable *domine* ha tomado a su cargo metérselos en la mollera a su jóven educando. Este, por su parte, berrea que es un primor y parece hallarse dispuesto a continuar en su ejercicio un día entero, si el maestro no teme ensordecer, ó el vecindario, ya ensordecido, no da parte a los genizaros del Kadi. La autoridad, á pesar de todo, dejará al muchacho en libertad de atronar el barrio, en cuanto se convenga de que el alumno vocifera los libros sagrados; porque el mahometano se puede permitir cualquier exceso siempre que se excuse con que así lo tiene ordenado el Profeta.

Este dibujo de Fabrés es un excelente estudio del natural: los personajes están bien escogidos y su actitud es agradable y justificada: su estilo es sobrio y correcto y sus detalles revelan conocimientos apreciables en trajes y arquitectura africanos.

El gorila del Jardín Zoológico de Berlin

Es el tercer ejemplar de su especie que ha llegado vivo a Europa y segun parece uno de los muy contados que se han podido coger en tal estado.

Siglos hace que se habla de este mono feroz y robusto que lucha con éxito, no sólo con el hombre desarmado, sino también con las fieras más temibles de las selvas ecuatoriales; lo han observado y descrito sabios naturalistas y viajeros, pero ninguno de ellos pudo ver gorilas de cerca, excepcion hecha de un ejemplar que se cogió hace cuarenta años. En 1846 un tal Wilson logró tener un cráneo de gorila, lo cual se consideró como un suceso extraordinario.

No es extraño, pues, que hayan corrido sobre este animal infinitas fábulas, como la de que roba las mujeres en las aldeas que asalta con este objeto hasta en cuadrilla.

Muchos negros del interior del Africa rehusan comer carne de gorila, alegando que por las venas de este animal corre sangre de su raza, procedente de las mujeres que robaron en épocas pasadas.

El gorila del Jardín Zoológico de Berlin es pequeño, pues sólo tiene 55 centímetros de altura; anda á cuatro patas ó mejor dicho á cuatro manos; se levanta asiéndose

de las sillas de su habitacion y lo registra todo con la curiosidad propia de su edad. Por desgracia es de temer que no llegue á la edad adulta á causa del clima rudo de Alemania.

MUSICA PROFANA, cuadro por J. A. Kaulbach

El autor de este hermoso lienzo no ha tenido el pobre gusto de apelar á las musas, recurso sempiterno para representar á alguna de las bellas artes. La manoseada falda del Parnaso va ya produciendo el efecto de un clásico viñedo, y las nueve bellezas, semi-desnudas, que se pasan la vida haciendo carantoñas á su hermano, y cuyo traje, ó casi tal, demuestra el estado de inocencia en que vivian los genios cuando tuvo lugar tan bello invento; formas son que la moda va relegando al pasado y de que empiezan á prescindir los artistas de verdadero talento.

Kaulbach, que se encuentra en este caso, ha pintado una alegoría más nueva, más simpática, más acomodada á nuestra actual manera de concebir los objetos y experimentar las sensaciones que estos nos han de producir segun sus autores. El pintor alemán es un innovador: como tal sufrirá muchas contrariedades en su camino; pero innovador fué Velazquez y nadie ha empañado el más pequeño rayo de su gloria.

EL CID, EN CARDEÑA

I

El héroe de nuestros romances, el ídolo legendario de nuestro pueblo, Mio Cid el Campeador, ha dado márgen á tantos estudios, ha inspirado á tantos poetas, ha hecho revolver tantos tumbos y palimpsestos, que cuantas citas se logran acumular acerca de su vida y hechos, resultarían pesadas é indigestas tanto para el lector frívolo, como para el erudito y concienzudo.

Los relatos arábigos y latinos, las crónicas rimadas y generales, las leyendas y los *Gesta*, el Romancero antiguo y los modernos; mezclándose, copiándose, completándose y reformándose, aportan un caudal de datos tan ricos y contradictorios á la vez, que aun con la sabiduría y práctica de Huber, Wolf, Dozy, Sandoval, Ferrer y Berganza, Malo de Molina y Masdeu sería muy difícil adoptar seguros criterios.

El rey Don Alonso urde la Crónica General consultando los antiguos anales y aceptando los relatos arábigos que intercala en perjuicio del héroe; los monjes de Cardena le atribuyen hechos milagrosos y le levantan sobre el pavés como el primero de los señores y de los guerreros; Sandoval duda hasta de sus apellidos y Masdeu y sus admiradores niegan desapiadadamente su existencia.

Dozy traduciendo á los cronistas arábigos da al retrato del Cid un fondo de sombras y acentúa las líneas duras que aparecen en la Crónica General y en los *Gesta*; en cambio, nuestro popular Zorrilla, dándonos hoy por entregas el Poema del Cid, procura en lo posible no borrar el luminoso nimbo de que le rodeó el Romancero.

En este mar de confusiones debíamos preguntarnos con Capmany, Sanchez, Muller, Dozy y tantos otros, qué es lo que hay de real en la existencia de *Mio Cid el de Bivar* y cuáles de los cronicones ó relatos conocidos es el más digno de crédito; pero esto nos llevaría de Lúcas de Tuy á Masdeu ó lo que es lo mismo de Herodes á Pilatos, y despues de recorrer líneas y hemistiquios, rimas y estrofas, sólo allegaríamos la duda de los más ó el convencionalismo de los ménos.

La existencia del Cid, comprobada hoy por los manuscritos arábigos, no puede negarse cuerdate, y por lo tanto, algo hemos adelantado; tenemos el Cid real, el ideal y el popular ó legendario; trimousti en la que hay una unidad metafísica y tres entidades que se complementan.

Que el Cid existió, sólo pudo negarlo el autor de la *Historia Crítica de España*, cuya soberbia castiga Dozy cruelmente. No se logra así como así, atraer la atención de los pueblos y de las generaciones, y era gran empresa descollar como batallador y valiente en una edad en que el valor personal era prenda comun y usada entre alárabes y castellanos. El Cid, que medio siglo despues de su muerte había alcanzado fama y popularidad, debió de llevar á cabo altos y esclarecidos hechos.

El que Fernan Perez de Guzman dudase ya en el siglo xv de la existencia del Cid, no es prueba de la deficiencia de los datos, sino de la alteza de los hechos. Aún hoy se nos hace duro y dificultoso de creer, el que un guerrero solo y desheredado de su monarca, acometiera conquistas como las de Valencia y Murviedro y aprisionara condes y soberanos por su sola cuenta.

Las veladas del campamento, desde el siglo once hasta el fin de la reconquista, son á nuestro juicio la fragua donde se fundieron las maravillosas leyendas del Cid que tomaron cuerpo y color en nuestros romances.

Trasmitidas de corro en corro, al amor de la hoguera, llegaron á oídos del paje y de la dueña, resonaron bajo la chimenea del castillo feudal y de la casa solariega y se tradujeron en cuentos y rimas que recitaron y cantaron juglares y juglaresas. Bajo este punto de vista, esencialmente popular, el Cid debe su fama á sus compañeros de armas y fatigas; por eso, la historia no ha podido luchar con la leyenda y ésta no será nunca derrotada por aquélla.

Dozy, que ha dicho—á mi juicio—la última palabra

en el asunto, se sirve en sus *Recherches sur l'histoire de la littérature de l'Espagne*, de un relato que escribió en Sevilla Ibn-Bassám el año 1109, cuyo documento comenta con erudición copiosa. El tal relato que está escrito, como se ve, sólo diez años despues de la muerte de Rodrigo Diaz, ofrece al comentador todas las garantías posibles de evidencia, y aun cuando es obra de un mortal enemigo del Conquistador de Valencia, concuerda en sus más principales puntos con los *Gesta*, la Crónica General y la rimada.

A juzgar por este relato, circunstanciado hasta el detalle más nimio, puede deducirse—con alguna mala voluntad—que Mio Cid fué un aventurero audaz y afortunado, poco ménos cruel que nuestros conquistadores del Nuevo Mundo; que hizo tostar y alancear príncipes, rimadores y doncellas; que vivió del pillaje y del botín, tratando á los vencidos como á perros y á los reyes como á sus iguales.

También podríamos sacar en limpio del relato de Ibn-Bassám, que Rodrigo Diaz no guardó la fe prometida á los adversarios, y que de la misma manera que dió arenas por alhajas á los judíos Raquel y Vidas, quiso robar al cadí de Valencia sus codiciados tesoros; pero de esto y de aquello ¿qué se deduce? En las terribles represalias de una guerra perpetua y sin cuartel, como la emprendida entre moros y cristianos, no era posible *campear* de otro modo.

La fe púnica, que pasó á proverbio, tiene su precedente en los soberanos persas que hacían la guerra comprando hombres y ofreciendo lo que no habían de cumplir jamás. Mahoma, que más que legislador era guerrero, consignó en el Coran el precepto oriental que considera la mentira de guerra como una virtud, y los cristianos batalladores en este punto no fueron en zaga á sus enemigos. Hé aquí porqué el llanto del poeta árabe, nuevo Jeremías de Valencia, nos parece el llanto del cocodrilo.

La trascendencia histórica de la mala fe entre los conquistadores de todos los siglos es patente, aun en los tiempos ménos duros y tenebrosos. Los episodios de la conquista de Méjico y el Perú dejan en mantillas al más horrible del relato de Ibn-Bassám; los tesoros de Moztzuma y de los Incas pasaron á manos de Cortés y de Pizarro de un modo mil veces más terrible y doloroso, que á las del Cid los de Ibn-Djalhaf y sus correligionarios.

Aun concediendo á Ibn-Bassám la ingenuidad de Plutarco, sería imposible negar al Cid las condiciones de caballerosidad y nobleza que le conquistaron las simpatías de los grandes y el fanatismo de los pequeños. Las contradicciones en que el historiador hace que incurra, son buena prueba de que la veracidad, tan poco recomendada por los suras islámicos, no fué por cierto la que movió la pluma del autor tan preconizado por el erudito orientalista.

Que el Cid era implacable y sanguinario, relativamente, no hay que dudarlo, supuesto que sus enemigos dieron siempre el ejemplo. La matanza de los monjes de Cardena, las de las vírgenes del Valle, en Ecija, y otras varias enormidades llevadas á cabo por la morisma, justifican las represalias del Cid tomadas á punta de lanza. Sería preciso desconocer la historia, para no concluir que no estaba en él, sino en su siglo, ese espíritu devastador y dominante que algunos siglos ántes no dejó crecer la yerba bajo el casco del corcel de Atila.

Necedad incomprensible sería exigir que en la edad de hierro se hubieran establecido nuestras cátedras de diplomacia, y disparate notorio exigir al Cid y á sus mesnaderos que fueran dechado de piedad é hidalguía, teniendo tan cerca el mal ejemplo; por eso son, para nosotros, dignos de admiración y encomio los nobles arranques y generosos rasgos que á despecho de Ibn-Bassám se escapan de su manuscrito.

El Cid, ya dueño de Valencia, sube á una alta albarana, desde la cual se dominan las calles de la ciudad, y viendo que las miradas de sus hombres de armas pueden penetrar sin obstáculo en el sagrado de los hogares moriscos, manda tapiar incontinenti las ventanas y trcneras que no dan á la campiña. Más aún, queriendo que sus soldados muestren su galantería con los vencidos como ántes demostraron su temeridad y arrojo, manda que todo cristiano que encuentre á un morisco en la calle le salude y le deje la acera.

En verdad que tan delicadas atenciones, dignas tan sólo del gran Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha del Renacimiento, se compadecen mal con las atrocidades que en otras partes del relato de Ibn-Bassám se atribuyen á Rodrigo-Diaz; á ser preciso compaginar unos detalles con otros, sería preferible renunciar á todos juntamente.

No es ménos delicado el rasgo de no querer admitir un magnífico presente de Ibn-Djalhaf, porque procedía de pan vendido á fabuloso precio durante el sitio de Valencia, aunque también se marida de un modo grotesco con el tormento que se da al Cadí para hacerle sudar sus tesoros, y con el desbalijo de los embajadores de Murcia, que en último caso entregaban los suyos de motu propio á los azares de la guerra. En cuanto á la medida tan censurada de enviar á los moros rebeldes á Alcadia para que sus huestes pudiesen tener cabida en Valencia, es otro azar ó caso fortuito que no puede echársele en cara.

Hallados en el fondo del relato histórico que le es tan contrario, los lineamientos comunes á la apoteosis del romancero, sólo tenemos que añadir que las analogías del Poema y de la Crónica general en la parte que le es adversa, están contrabalanceadas por los hechos que le

enaltecen y por las tendencias comunes á la edad de hierro en que vivió, y á cuya influencia no pudo escapar como hombre de armas y defensor de la bandera de Cristo.

Resulta pues, que podemos aceptarlo, á pesar del relato de Ibn-Bassám, segun nos lo pintan los cancioneros; arrojado, buen caballero, amigo de ganar batallas y vengar agravios, amante de su independencia y de la honra patria.

Imposible hubiera sido á Mio Cid llegar á ser el ídolo de la nobleza y de la multitud, si no se hubiera distinguido como soldado y como caballero; si no hubiera arrojado la cólera de los reyes y la varia fortuna de las batallas. El romancero nos lo presenta duro y ceñudo en Santa Gadea, tomando la jura á Alfonso VI; encarnación de la justicia, agigántase su figura y se graba en aquellas sombrías imaginaciones, que creen ver sobre los arriños de Alfonso la mancha oscura de la sangre de su hermano.

Hé aquí el texto á que nos referimos (1):

En Santa Agueda de Búrgos
do juran los hijosdalgo,
le tomaban jura á Alfonso
por la muerte de su hermano.
Tomábasele el buen Cid,
ese buen Cid castellano,
sobre un cerrojo de fierro
y una ballesta de palo,
y con unos Evangelios
y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes
que al buen Rey ponen espanto:
— Villanos mátenle, Alfonso,
villanos, que no fidalgos,
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos,
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas
que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas
no de coutray ni frisado;
con camisonos de estopa,
no de holanda ni labrados;
cabalguen en sendas burras
que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel,
que no cueros fogueados;
mátente por las aradas
que no en villas ni poblados;
sáquente el corazon vivo
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que eres preguntado,
sobre si fuiste ó no
en la muerte de tu hermano.—
Las juras eran tan fuertes
que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
que del Rey es más privado:
— Haced la jura, buen Rey,
no tengais d'eso cuidado;
que nunca fué un rey traidor
ni papa descomulgado.—
Jurado había el buen Rey,
que en tal nunca fué hallado,
pero también dijo presto
malamente y enojado:
— ¡ Muy mal me conjuras, Cid!
¡ Cid, muy mal me has conjurado!
porque hoy le tomas la jura
á quien has de besar mano.
Vete de mi tierra, Cid,
mal caballero probado
y no vengas más á ellas
desde este día en un año.
— Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado
por ser la primera cosa
que mandes en tu reinado;
por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro.—
Ya se partía el buen Cid
á su destierro de grado
con trescientos caballeros;
todos eran hijosdalgo.
Todos son hombres mancebos,
ninguno allí no había cano,
todos llevan lanza en puño,
con el fierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado,
y no le falta al buen Cid
adonde asentar su campo.»

Rodeado de esta aureola de superioridad é independencia ha llegado el tipo á nosotros y preciso es recibirlo tal como se nos muestra si no queremos perder el tiempo en inútiles disquisiciones.

La leyenda le compenetra y le envuelve; los *Gesta* y el Romancero han completado la obra comenzada acaso por los monjes de San Benito y sería tarea ímproba y enojosa saber la verdad del castigo de los Condes de Carrión, de la lanzada de Zamora, de la muerte del llamado sin fundamento Conde Lozanos, y de otros muchos episodios interesantísimos que inspiraron á los rimadores.

Queda pues sentado que para todo buen español el Cid vive en el romance, por lo que sólo debe buscarse en esos expresivos cantos asonantados, que resuenan en el corazon patrio tan grata y armoniosamente.

II

Digno enterramiento del Cid, el Monasterio de San Pedro de Cardena es una urna repleta de maravillosas tradiciones.

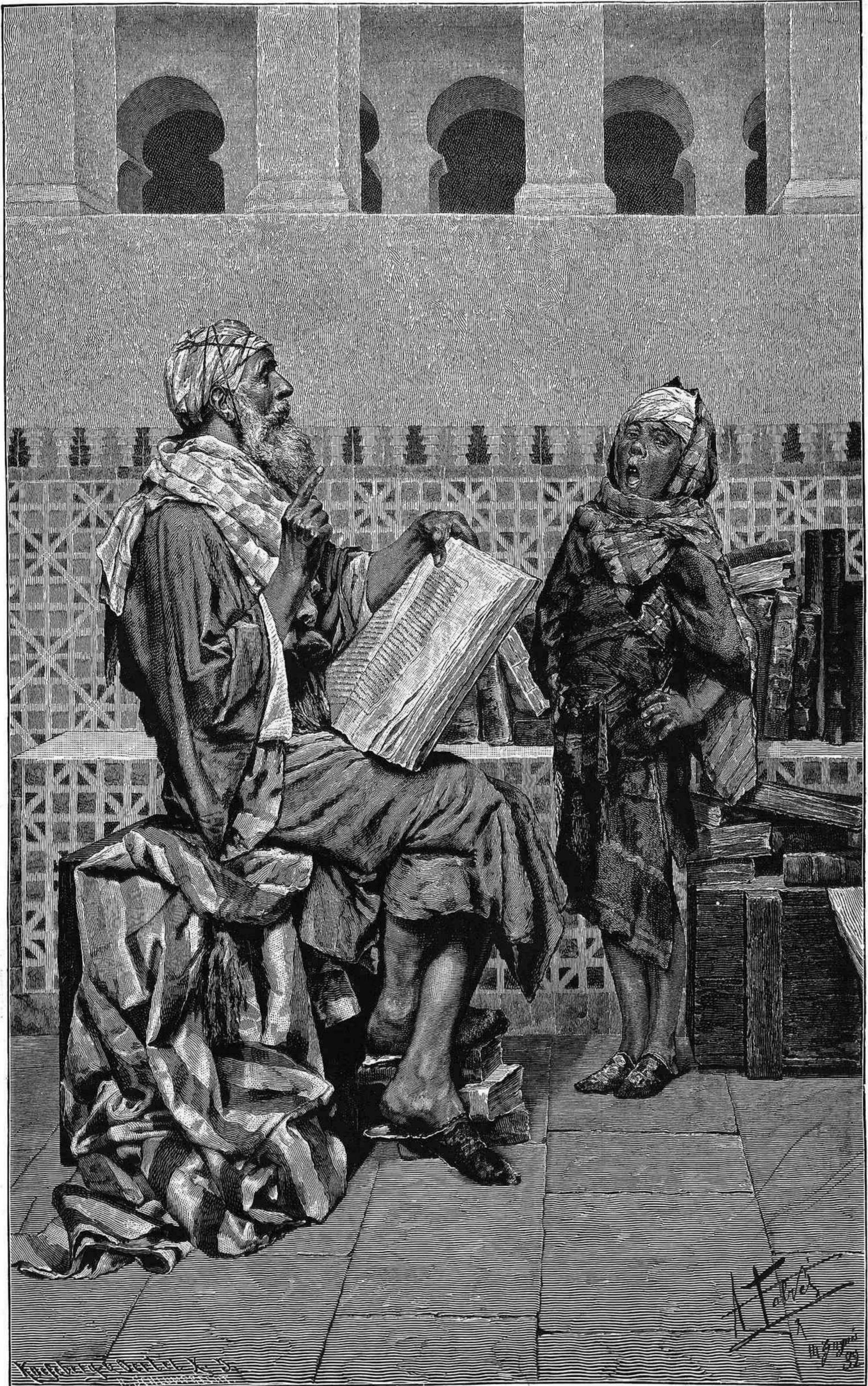
(1) Citado también por Dozy.



OFENDIDA, dibujo por J. R. Wehle



MÚSICA PROFANA, CUADRO DE J. A. KAULBACH



LECCION DE KORAN, dibujo por A. Fabrès

Cuando se recuerdan los garrapatos que trazaron los monjes sobre el pergamino, sobre la piedra y sobre las paredes del celebrado santuario, no es difícil penetrar en el mundo de las visiones donde, con tan firme planta, penetró Gustavo Adolfo.

Berganza, Sandoval, Florez y otros varios, han tratado, inútilmente, de esclarecer el origen de la fundación del Monasterio de Cardena, que, en opinión del segundo, es el más antiguo de España; pero unos y otros, después de largas y cansadas indagaciones, lograron sólo despojar su historia legendaria de los más primorosos ornatos.

Según la tradición más apartada, el célebre Monasterio fué fundado por doña Sancha, madre de Teodorico, rey de Italia, que murió por aquellas cercanías misteriosa y repentinamente. En vano Sandoval niega el hecho, afirmando que nunca Teodorico vino a España, y Yepes y Florez se inclinan a creer que la tal Sancha, fundadora del santo asilo, jamás llevó corona en la cabeza; la tradición afirma que en él reposan, no sólo los restos de la reina Sancha, sino también los del infante Teodorico, y por nada del mundo dejaría de recrearse la fantasía popular con estos recuerdos.

En la memoria de la fundación palpita el cuento de la Edad media con su cohorte de hadas, enanos y gigantes; de ella pudieron salir *Los ojos verdes*, *Loreley*, y *La bella durmiente del lago*; como se trasparencia en el relato siguiente:

Cierta día en que andaba de caza el joven Teodorico, extravióse por aquellas florestas, y hallándose sediento y maltrecho, sentóse a la margen de una fuente que en aquel lugar se parecía. No dice la memoria lo que ocurrió al noble godo; pero sí se sabe que, al arrullo del agua, se quedó dormido profundamente. Cuando doña Sancha y su séquito lograron hallarle, Teodorico era presa de dolores y ansias mortales, de tal modo, que, refiriéndose a la fuente, — que era limpia y hermosa hasta el punto de apellidarla *Digna* en la comarca — dijo, exhalando el postrimer suspiro en brazos de su madre:

— ¡*Cara Digna* es esta, madre mía!...

No muy lejos de allí había una ermita dedicada a San Pedro y San Pablo: Teodorico fué sepultado en ella por los años 537 que es la era 575 señalada en su epitafio, y poco después, los primeros monjes de San Benito vinieron a poblar el Monasterio de *Cara Digna*, levantado a expensas de la referida reina doña Sancha.

El ánimo más indiferente, la imaginación más refractaria a lo maravilloso, tiende las alas por los espacios de la ficción y se deleita en llenar los huecos que parece haber dejado abiertos la leyenda. Alguna náyade del Arlanza, alguna driada de aquellas florestas, sorprendió al soñador Teodorico y le hizo apurar el dulce veneno de sus labios y contemplar el basilisco de sus miradas; su cuerpo, deslizándose bajo el agua sin más velo que la onda, despertó en su pecho el áspid del deseo y abrió en su corazón una herida mortal incurable.

La Loreley de Heine, la ninfa de los ojos verdes de Becquer, hubieran hecho otro tanto; el silfo y el gnomo hubieron de celebrar con fiestas la muerte del doncel, formando corrillos sobre las adelfas y las pasionarias.

La matanza de los monjes de Cardena, acaecida en el siglo IX, y consignada en varias crónicas y manuscritos, inspiró sin duda a Gustavo Adolfo, una de sus mejores leyendas, *El Miserere*.

Cuando en la soledad del Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla leí por primera vez en un antiguo volumen el terrible drama de la matanza de Cardena, experimenté una verdadera emoción. Conocía al melancólico y genial autor de la *Corza Blanca*, y no creí jamás que cuanto se refiere en su leyenda *El Miserere*, pudiera tener realidad ni precedente alguno. Sin embargo, la poderosa y artística imaginación de Gustavo Adolfo había vaciado su obra en un molde real y efectivo. Aquella escritura extravagante y terrible, aquel pentágono bordado de sangrientas notas y frases sibilíticas, se hallaba trazado en los muros del claustro de Cardena. Lo mismo que el mamotreto musical que nos describe Becquer, la inscripción de Cardena tiene grandes lagunas y terribles incoherencias; llevando al extremo la comparación, también en ella se presienten alaridos, crujidos de huesos e imprecaciones.

La matanza de los monjes está perpetuada en una antigua lápida, de la que la inscripción mural que rodeaba al claustro no es más que una fantástica glosa. Leámosla, tal como se encontraba en los albores del siglo XVII.

«Venid todos a juicio..... En esta parte del Claustro están dozyentos monges de esto monesterio que murieron por la Fé de nuestro Salvador y Redentor Jesu-Christo y fueron degollados..... feria quarta..... salu..... it..... é enfaldados..... de Christo..... simbre tine..... fé..... monges nuestro coraçon, nuestros huesos reverdecen como la yerva.»

La tradición sobre la cual ha hecho Becquer su maravillosa fantasía es sencilla y conmovedora. Los monjes de San Benito que ocupaban el monasterio, dos años antes que el fundador de su orden *pasara de esta vida al cielo*, como dicen ingenuamente los cronistas, vivían en aquel retiro situado en las haldas del monte Yubeda, tierra muy fría, estéril y de poco gusto, ocupados en cultivar sus yermas propiedades cortadas por el Arlanza y en hacer cestillas y juguetes de mimbres, que cambiaban con los aldeanos y hombres de armas por las cosas más indispensables.

Los moros dejáronles rezar en paz por espacio de 174 años, como a tantos otros religiosos de distintas órdenes en España; pero cierto Zepha, que vino a engrosar las

filas de Abderraman de Córdoba, llegando a Cardena en una de sus correrías, entró a saco el monasterio y degolló en un solo día doscientos monjes, cuyas cabezas rodaron sucesivamente en la parte del claustro llamada después de los mártires. Así lo reza la inscripción abierta en la piedra de que ántes hicimos mérito, que conmemora el terrible suceso:

ERA DCCCLXXII. IIII. F. VIII. IDVS AG. ADLISA
EST KARADIGNA,
ET INTERFECTI. SVNT IBI PER REGEM ZEFHAM
CC. MONACHI
DE GREGE DOMINI IN DIE SS. MARTIRVM
IIVSTI ET PASTORIS.

El monasterio quedó despoblado desde aquella fecha hasta el año 884 en que lo mandó reedificar Alonso el Magno; mas la memoria de esta matanza y el pavor que en los habitantes de Cardenuela causaban aquellas ruinas se transmitieron de padres a hijos.

El cielo quiso también perpetuar el glorioso hecho y concedió al claustro de los mártires un señalado portentoso. Todos los años, y en el mismo día en que murieron los monjes, amanecía bañado en sangre el pavimento del claustro, quedando de su natural color al día siguiente sin que para ello hubiera que emplear una sola gota de agua del Arlanza....

El Rey D. Enrique IV en privilegio del año 1473 decía lo siguiente: «Por ellos cada año FACE nuestro Señor un miraglo, que en día que ellos fueron degollados AMANESCE el suelo de la claustra donde fueron sepultados de color de sangre.»

Florez, con inimitable ingenuidad, añade lo siguiente: «Esto cesó, como otros muchos milagros de sepulcros de mártires que producian flores ó manaban aceite; y parece, según aquel privilegio (1) que sólo duró hasta los Reyes Católicos sucesores de Enrique IV, los cuales arrojaron de España a los moros, contra quienes clamaba la sangre derramada en aquel claustro.»

Lógico parecía, que, al menos en el martirio de los monjes, respecto al cual hay abundancia de fechas y testimonios, pudiera enorgullecerse Cardena de ofrecer a la posteridad historia y no tradición más ó menos justificada; mas no ha sido posible, sin embargo, poner a los eruditos de acuerdo. Legendario por excelencia, el monasterio cuyos anales resucitamos, no puede escapar de las garras de la duda ni aun en este rasgo culminante de su antiguo abolengo.

Berganza dice y Dozy lo afirma, con autoridad notoria, que no se conoce entre los reyes ni los capitanes moros, que vinieron a España, ninguno llamado Zefcha, Zefham, ó Azhefha; y aunque esta contradicción podría dispensarse, supuesto que hoy sabemos que la tal frase árabe vale tanto en castellano como *tropa ó huete*; resultan a renglón seguido otras más rebeldes y recalitrantes; por ejemplo: que el ejército musulmán no estuvo por los alrededores de Cardena, hasta el siglo X (2).

No es por cierto mi ánimo, seguir en estas difíciles averiguaciones que puede hacer el lector por sí mismo consultando cualquiera de los autores que cito y que han agotado la materia; sólo me proponía demostrar el carácter profundamente legendario y nebuloso que hallamos en cuanto se relaciona con el monasterio de Cardena, enterramiento, asimismo, del héroe más romancesco y popular que ha tomado puesto en las páginas de la historia de España.

Cardena y el Cid son inseparables, se unan y se completan; parecen la espada y la mano, el nicho y la estatua, la sombra y el cuerpo.

En Cardena se hallaba la cruz que llevaba sobre su pecho, y que según los monjes estaba formada de un trozo de la verdadera cruz de Cristo; allí se veía su pendón de guerra y su cinturón de cuero claveteado; allí se mostraba al curioso la copa que tenía cerca de sí al yantar y el arcon que guardó, en vez de alhajas, su palabra de caballero.

Es en verdad extraño que no se hallase allí también un documento raro y curioso que publicó Sandoval por vez primera en 1601 y que mereció crédito al mismo Dozy, a menudo tan descontentadizo. Dicho documento es la carta matrimonial del Cid, que vamos a reproducir íntegra sacándola del libro *Los Monasterios* del citado Prior de San Juan el Real y sirviéndonos de un notable ejemplar, que acaso hojeó Dozy y que perteneció, según notas manuscritas, a la notable biblioteca de la *Casa Grande* de Sevilla.

Hé aquí el documento:

CARTA DE ARRAS

que Rodrigo Diaz, Campeador, dió a su mujer Ximena Diaz, sacada del original que está en el archivo de la Santa Iglesia de Burgos escrita en letras góticas, y pergamino.

«En el nombre de la Santa é individua Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que crió todas las cosas visibles, siendo un solo Dios, cuyo reino permanece para siempre. Sabida cosa es de muchos, y por pocos declarada. Yo

(1) El de D. Enrique.

(2) Respecto a este último punto dice Dozy lo siguiente: Ibn-Khaldoun dit que dans l'année 522 de l'Hégire, 954 de J. C. Abderame III, après avoir assiégé Ramire II dans la forteresse d'Osma, détruisit Burgos ainsi qu'un grand nombre de forteresses. It. Burgos n'était qu'à deux lieues de Cardena, et ce couvent se trouvait précisément sur ce route, puis qu'il venait du côté d'Osma. Nous en concluons que ce fut l'armée, le *zepha*, d'Abderame III qui eut la cruauté d'égorgier les pauvres moines.
(Recherches, Leyde 2.^e ed. pag. 169.)

pues, Rodrigo Diaz tomó por mi mujer a Ximena, hija de don Diego, Duque de las Asturias, y prometí de dar a la dicha Ximena el día que me case con ella, las villas aquí nombradas, y hazerle de ello una escritura firme, dando en ella por fiadores al conde Pedro Assurez y al conde García Ordoñez de que serian ciertas todas las heredades que son en Castilla, las cuales son las siguientes. La parte que tengo en Cauia y en otra Cauia, otra parte que fué de Diego Velazquez, y en Mazuelo, y en Villayzan del campo de Munio, y la parte que tengo en Madrigal, y en Villa sauce, y en Escobar, y en Grajal, y en Judero, y en Quintanilla de Morales y en Boada, en Sarmanzeles, y en villa Gato, y en Villayzan de Treviño, y en Villamayor, y en villa Hernando, y en Vallecillo, en Melgosa, y en otra parte en Boada, en Alcedo, en Fuentevilla, en Santa Cecilia, en Espinosa, en villa Nuez, y en otra Nuez, y en Quintana Lainez, en Villanueva, y en Cerdinos, en Vibar, en Quintana Fortunio, en río de Seras, y en Perquirino, y en Ubierna, y en Quintana Montane, y en Moradiello, con el monesterio de San Cypriano, en Valdecañas, y valle Villanbistia todas las partes que tengo. Doy te todas estas villas sobre dichas, por las villas que me sacaron Alvar Fañez y Alvaro Alvarez mis sobrinos. Demás de las cuales te doy las sobre dichas partes con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehesas, molinos con todas sus entradas y salidas: y son os dadas estas arras a vos mi mujer Ximena, hechas, y otorgadas conforme al fuero de Leon. Y demás de esto fué acordado entre mí, Rodrigo Diaz y vos mi mujer Ximena, que hiziésemos título de escritura de filiación ó prohijación. Y demás de esto te doy todas las demás villas, y heredades fuera de las contenidas en estas arras, donde quiera que las yo tenga, y tú puedas aver enteramente por razon de esta prohijación; así las que agora tenemos como las que en adelante ganaremos, y aumentar pudiéremos. Y si yo Rodrigo Diaz muriere antes que vos mi mujer Ximena Diaz, y vos permaneciéredes viuda en mi fe sin casaros otra vez, tengais las dichas villas en título de prohijación ó de tus arras, y todo lo demás que yo dejare. Y todo lo que quedare dentro de mi casa de bienes muebles, gavillas, ganado, caballos, mulas, lorigas, y armas, y todo el demás adorno de casa, quiero que sin tu voluntad no se dé cosa alguna, ni a mis hijos, ni a otra persona del mundo. Y después de tu muerte lo hayan todo los hijos que de mí y de tí nacieren. Y dado caso que yo Ximena tomare otro marido, pierda por el mismo caso todos los bienes que por razon desta prohijación y arras recibo y lo hayan los hijos que de vos y de mí nacieren. Y así mismo yo Ximena Diaz prohijo a vos Rodrigo Diaz mi marido de estas mismas arras, y de todos mis bienes muebles, y de todo lo que heredare en la forma sobre dicha: esto es, villas, oro, heredades, plata, yeguas, mulas, armas, y todo el adorno y menaje de nuestra casa. Y si fuere que yo Ximena Diaz muera antes que vos mi marido Rodrigo Diaz, heredeis toda mi hacienda, como queda dicho, para que seas señor de todo ello, y lo puedas dar a quien quisieres después de yo muerta: y después de tu muerte, marido mio, Rodrigo Diaz, lo herede y aya todo los hijos que de tí y de mí nacieren. Lo qual todo así otorgo y prometo yo el dicho Rodrigo Diaz, a tí mi mujer Ximena Diaz por tu mucha hermosura, y en fe, y pacto del matrimonio virginal. También nosotros los dichos conde don Pedro, hijo de Assur, y el conde D. García, hijo de Ordoño, que somos fiadores y así lo seremos. Por tanto yo el sobre dicho Rodrigo Diaz otorgo esta carta a tí Ximena Diaz, y quiero que sea firme, de todas las heredades arriba nombradas, y de la prohijación que entre nos haremos, para que las ayas, y hagas de ellas según tu voluntad fuere. Pone las fuerças acostumbradas, penas, y maldiciones contra los que en quebrantamiento de esto fueren. Es la data a 19 de julio, año de Christo 1074. Firman los condes que fueron fiadores, y luego el Rey Don Alonso y las dos infantas hermanas del Rey, D.^a Hurraca Hernandez y Doña Elvira Hernandez.»

III

De propósito había dejado para dar fin a este ligero estudio, las nebulosidades póstumas del Cid, en las que tiene principal parte el monasterio de Cardena.

Estas nebulosidades las forman los prodigios atribuidos por los monjes a Rodrigo, muerto, ó en los últimos momentos de su existencia, y las dudas más ó menos justificadas acerca de la autenticidad de su sepultura y de la de su esposa, asunto de actualidad en el momento presente.

Todos conocen la relacion de aquella batalla que Mio Cid ganó, después de muerto, a Búcar rey de Marruecos, y la leyenda de aquel judío, que, viendo el cadáver de Rodrigo colocado bajo un dosel en la iglesia de Cardena, tuvo antojos de mesarle la barba, no logrando su intento por haber sacado el muerto caballero su tajante espada *Tizona*; estas tradiciones, y otras, semejantes a la del leproso con quien compartió su lecho y su mesa a despecho de sus caballeros, fueron escritas ó relatadas por los monjes de Cardena perpetuándose en mamotretos y cronicones.

A estas y otras escrituras, más ó menos verídicas é imparciales, se debe el que exista gran inseguridad en cuanto atañe al patronazgo de los caballeros de la edad media sobre los monasterios de la época, y a los recintos que escogieron para sus enterramientos familiares.

Cierto antagonismo ó emulacion, de que aún hoy quedan reminiscencias en la relativa nombradía de las imá-

genes y de los santuarios, creó dificultades sin cuento á los cronistas imparciales y dejaron en la incertidumbre á los más laboriosos escoliadores.
Los descendientes del Cid que halagaron á Cardaña con cuantiosas donaciones, sin olvidar por esto á San Juan de la Peña, no pudieron imaginar que hubiera de llegar día en que por tales causas se disputaran ambos monasterios el alto honor de guardar bajo sus techos el cadáver de Doña Jimena.

Mas así aconteció segun puede comprobarse. En San Pedro de Cardaña y en un arcon de madera reposaban las cenizas de la esposa del Cid al lado de las de su esposo cuando apareció la lápida de San Juan de la Peña en la que se lee el siguiente epitafio:

«In hac tumba requiescit donna Eximina,
Cuius fama praenitescit Hispaniae limina;
Regi Sancey fuit nata Felicia quae me fecit,
Roderico copulata gentes quem vocat Cid: etc» (1).

Y ahora bien, ¿en dónde reposaban verdaderamente los restos de esta noble dama?
Extraña cosa es esta, dice Sandoval, y muy contraria á lo que hasta ahora hemos tenido por cierto; pues en Cardaña se muestra (2) no solamente la sepultura sino los huesos de esta Señora, aunque son tan grandes que espantan y parecen mas de hombre que de mujer.
Vemos, pues, sin hacer el menor esfuerzo por inclinar á esta ó aquella parte la balanza, que, en San Pedro exis-



EL GORILA JÓVEN DEL JARDIN ZOOLOGICO DE BERLIN

ten huesos dichos de Doña Jimena de dudosa procedencia, y que San Juan se contentaba con mostrar la lápida y la antigua tabla en la que se afirma que allí reposaba el cadáver de Eximinia Gomez mulier Roderici Cid, sepultada en la era 1160 y embalsamada en 7 de marzo.

La dificultad de hallar rastro seguro de los restos de Jimena ya en el siglo XVI, se complica recordando que en el arcon de Cardaña habia huesos más pequeños mezclados con los suyos, considerados como colosales.

No ocurre lo propio en lo que se refiere á los huesos del Cid que se hallaban en una urna de piedra en el centro de la Capilla mayor de Cardaña en la época á que nos referimos, y que aunque fueron movidos en distintas ocasiones, como dice el *Daily News* y no puede negar el señor Tubino, permanecieron en situación ménos desconsoladora hasta 1808.

Mas no será ocioso consignar dos particularidades que no escaparon á la penetración de Dozy. Primera: que al abrir el féretro del Campeador en 1541 hallóse el cadáver envuelto en un ropaje morisco y á su lado una lanza y una espada que no era seguramente la Tizona; y segunda: que los soldados solian procurarse pedazos del féretro creyéndolos amuletos seguros contra los peligros de la guerra.

Bien quisiéramos detenernos en este último punto; pero no es nuestro ánimo ser terceros en la discordia que se ha iniciado.

Tienen la palabra los Sres. Académicos de la Real de la Historia.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla 1883

LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA
IV

Pasemos ahora á las capillas, y comencemos por la de Talavera, indicada en todas las *Guías* como del siglo XVI, hasta que el señor Riaño, en sus correcciones al Ford, ha notado su época y caracteres verdaderos, que salta harto á la vista, explicándose difícilmente que los historiadores y viajeros hayan creído más al contexto de una inscripción equívoca (la cual además nada dice en contra) que al testimonio de sus propios ojos.

Con efecto, desde la primera y más superficial inspección, se nota que esta capilla pertenece al siglo XIII y al primer momento de la arquitectura ojival, guardando

todavía en la columnata y arquería del tambor de su cúpula, como en los baquetones que dividen á esta y en el arco y capiteles de la puerta de entrada, hermosos recuerdos del último y más rico estilo precedente.

Su planta es cuadrada; sobre ella, descansando en cuatro arcos, como todas las cúpulas góticas, se levanta un cuerpo octogonal, decorado con una arcada ciega y sus columnas, todo románico, como ya se ha dicho; estas reposan en ménsulas, sostenidas cada una de ellas por una cabeza del más puro y primitivo carácter gótico. Pero, con ser esto de interés, dada la escasez que en Salamanca hay de construcciones ojivales, la grande importancia de esta capilla consiste en la bóveda ó cúpula que sobre el tambor se levanta, la cual pasa del octógono al círculo, agallonando ligeramente á este y disimulando rudamente su artificio por medio de una combinación de baquetones anchos y planos, completamente románicos, si bien paralelos dos á dos y cruzados sin llegar al centro, donde sus intersecciones forman un polígono estrellado; ahora bien, es sabido que esta disposición de los arcos es peculiar á la arquitectura árabe, especialmente en su primer período, v. g. en el *Mihrab* de Córdoba y en el Cristo de la Luz, de Toledo.

A principios del siglo XVI, Rodrigo Arias Maldonado fundó en esta capilla—sin duda alguna preexistente— misas y memorias, que es á lo que alude la inscripción antes mencionada; y él, ó alguno de sus herederos, la adornó y repintó al gusto de la época y la dotó de un retablo del renacimiento, cuyas tablas, con seguridad españolas, pasan vulgarmente por obra de Gallegos, siendo por el contrario de influjo italiano marcadísimo. En esta capilla, donde por cierto se conserva el oficio muzárabe, deben notarse la bandera del desdichado comunero Maldonado, de la familia del fundador; una linda verja, en el centro, de bronce y hierro repujados y cincelados, y en la sacristía un terno bordado del XVI y unos cueros moriscos. Tal es en compendio esta importante construcción. En uno de sus rincones, se ven todavía restos de los arcos del antiguo claustro.

Menor interés, absolutamente hablando, pero mucho con relación á Salamanca, por ser casi lo único que en ella existe de la arquitectura del siglo XIV y formar, en su enlace con las demás capillas claustrales, una serie

completa donde estudiar la historia del arte ojival salmantino, es la de Santa Bárbara ó de Lucero, así llamada de su fundador, el obispo de este nombre: su retrato se halla dentro, sobre la puerta. Esta capilla, muy oscura, es, segun se acaba de decir, gótica de los buenos tiempos y su bóveda octogonal radiada descansa, como es uso, sobre los cuatro arcos de los ángulos de la planta cuadrada. En ella se graduaban los alumnos de la Universidad, hasta casi mediados de este siglo; por desgracia, la mesa, completamente insignificante, que servia para el objeto, oculta el sepulcro del fundador y su estatua yacente, probablemente pintada, á juzgar por la cabecera, que es lo único que puede verse. A los lados y cobijados bajo las arcadas, hay otros sepulcros, uno de ellos con estatua también bastante buena y característica; sobre el altar, decorado con azulejos del renacimiento y estilo italiano, un retablo del XVI con pinturas españolas vulgares. La puerta es como la de la capilla de Talavera.

En este mismo lienzo de pared se halla la de las salas Capitulares. Es del renacimiento, pero aprovechando parte de la antigua archivolta románica; las maderas, talladas con figuras de aquel gusto, han sido embadurnadas del modo más grotesco posible. Da entrada á tres piezas. La primera no tiene interés alguno; pero la segunda, muy pequeña, ofrece, á pesar del horrible blanqueo, un riquísimo artesonado del XVI, digno rival de los de Alcalá, y un banco gótico del XV, doselado y con tres asientos, separados por altos brazos, bosquejo de las sillerías corales correspondiente á las llamadas «formas» (*fourmes*). De aquí se pasa al salón principal, enteramente reformado en el gusto neo-clásico del pasado siglo y cuyo frente decora una de las innumerables Madonnas de Guido Reni.

Sigue á este departamento la capilla de Santa Catalina, llamada también del Canto, sencilla construcción gótica de principios del XVI. Cediendo á la mira de aprovecharla, más que á un interés por el arte que estaría harto mejor empleado en cualquiera de las otras capillas (y en particular en la de los Anayas, cuyo estado es verdaderamente vergonzoso), se está ahora reparando, habiendo traído á ella la antigua verja de San Adrian, restaurada con bastante acierto. Ni la verja, ni la capilla, tienen importancia; al contrario de lo que acontece con

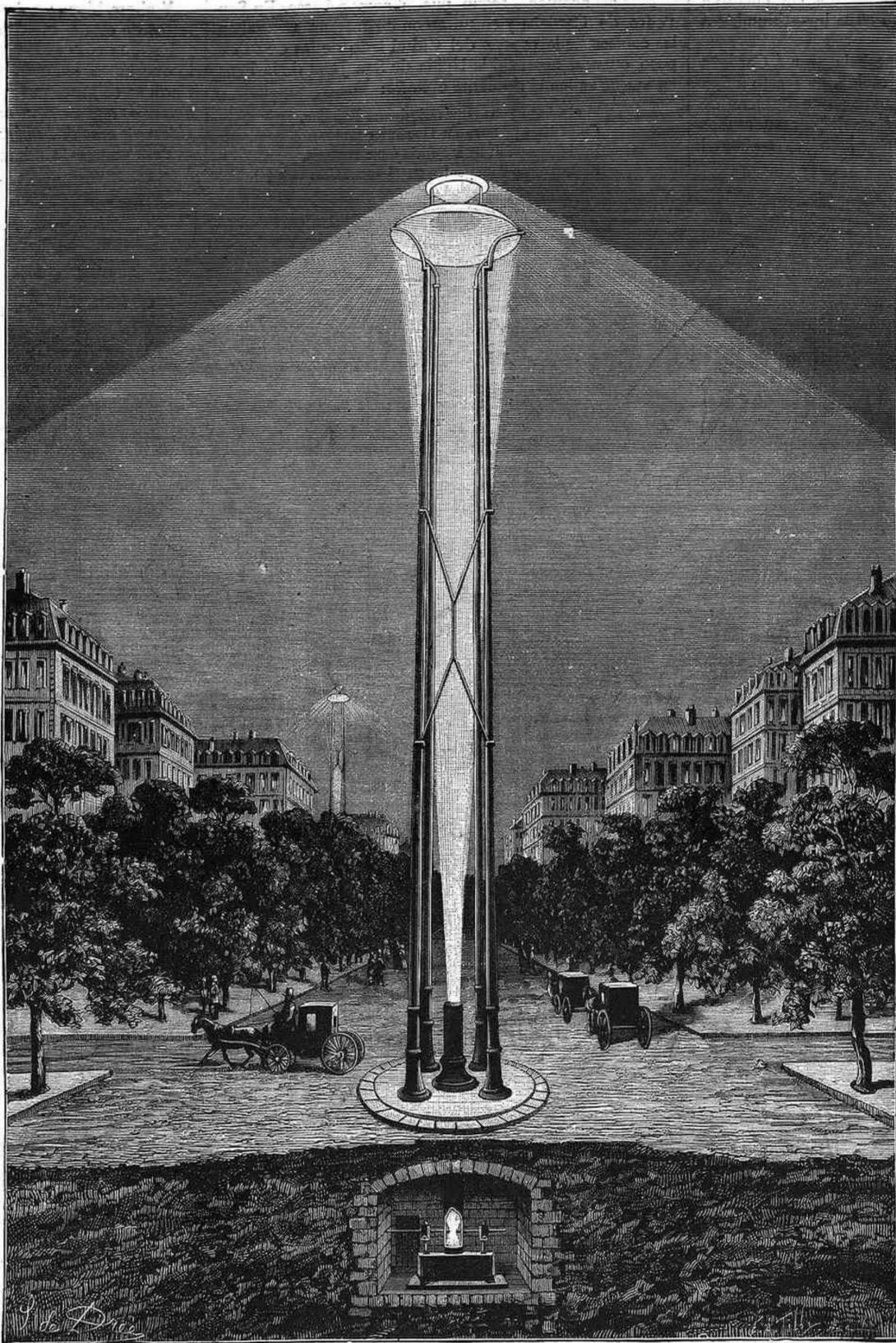
(1) Citada por Sandoval.

(2) Escrita como hemos dicho en 1601.

el retablo colocado á la entrada, y cuyo asunto es la vida de Santa Catalina. Este retablo parece ser español, pero decididamente dentro de la escuela flamenca del xv al xvi; y por su energía y finura, cuanto por su gran semejanza con otras tablas indubitadas de Gallegos, tales como el famoso y estropeadísimo retablo de la catedral de Zamora y el de la capilla de San Antonio, en la Nueva del mismo Salamanca (firmado por él), podría atribuirse con probabilidad á aquel excelente pintor castellano.

Llegamos á la capilla de San Bartolomé, llamada también de los Anayas. Su fundador, D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla (siglo xv), la estableció en una construcción, adjunta al claustro antiguo, que dicen fué hospital y cuyo muro, con sus canchillos y su ojo románico, de adornada archivolta, se ven aún en la calle de San Juan de Sahagun, conforme ya se dijo. La puerta es también románica; pero la capilla está reedificada en el estilo de principios del xv, con bastante pureza todavía. Son importantes los sepulcros, entre ellos singularmente el del fundador, colocado en el centro y rodeado de una soberbia verja plateresca, de las mejores que existen en España. Las esculturas de este sepulcro son de estilo gótico flamenco, extremadamente buenas y características; el Descendimiento de la cabecera es muy arcaico y contrasta con las demás. Sigue en interés á este enterramiento el inmediato al altar (éste, recompuesto y sin importancia) del lado de la Epístola: la estatua es expresiva; y sobre todo los relieves del frontal de la urna, también muy flamencos, presentan gran belleza. Los demás sepulcros son ya de menor valor, salvo el penúltimo del muro del N. ó del Evangelio: su estatua merece observarse más que las del último, frente al altar y debajo del órgano (un caballero y una dama de la familia Anaya) hechas en el gusto del Renacimiento, pero muy españolas y bastas, á pesar de la minuciosa fidelidad con que están tratados los pormenores de los trajes y de la armadura y que la recomienda siempre á la obligada admiración del viajero. La tribuna del órgano es mudéjar, como otro fragmento que sirve de frontal en un altar del lado; y esto, una representación iconográfica de la Trinidad y algunos restos de un retablo, que dicen traído de San Adrian y en el cual se advierte el mismo influjo: (si es que no la misma mano) italiano que en los otros retablos de análogo carácter antes indicados, constituyen los demás objetos de aquella hermosa capilla.

Segun se advierte por esta superficial reseña, la Catedral vieja de Salamanca, con su claustro, presenta uno de los más admirables ejemplares de nuestra evolución artística, desde el siglo xiii al xvi, y aun de estilos posteriores, el neo clásico inclusive. Pero sobre todo, sin salir de ella, puede seguirse paso á paso la historia del arte románico, su trasformación en el ojival, los diversos períodos de este, desde principios del xiii al xvi, y el del renacimiento: todo ello, así en la arquitectura, como en la escultura y la pintura. Esta última ofrece en la capilla del aceite, el retablo del ábside mayor, los fragmentos colgados en el claustro y el altar de Santa Catalina, obras del más profundo interés, desde el ciclo de Giotto al xvi (prescindiendo de la Virgen de Guido); y si se quiere todavía buscar otros eslabones posteriores, no hay más que pasar á la Catedral Nueva, donde el retablo de Gallegos, una Madonna de escuela romana, la excelente copia de un Entierro de Tiziano, por el Mudo, y un Cristo de Morales completan la serie de la gran pintura, hasta el período de su apogeo; si bien, salvo la tabla de Gallegos, los cuadros de la Catedral plateresca distan mucho de poderse comparar con las pinturas de su pri-



Alumbrado público eléctrico, sistema Partz

mogénita hermana. En cuanto á escultura, desde la románica á la gótica y á la del Renacimiento, ofrecen obras de algun interés, á que pueden también añadirse otras de la basilica posterior, y señaladamente la Virgen de Juni, del altar mayor. Si además se atiende á que, en estas series, hay miembros como la cúpula y las esculturas de la Catedral vieja y las pinturas de su ábside y de la capilla del aceite, se comprenderá cuán de desear es que arqueólogos de verdadera competencia, no meros turistas, sagren al estudio de este importante templo fuerzas que difícilmente podrían estar mejor aprovechadas. Entonces, se rectificarán los errores de que, por deficiencia propia ante todo, y por falta además de datos y juicios comparativos, en suma de escritos y trabajos preexistentes, adolecerán sin duda estos artículos; con suma alegría y gratitud de su autor, que desearía estimular el interés de otras personas más en situación de emprender estudios formales en esta clase de asuntos (1).

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(1) Obligado por el agradecimiento, consignaré en este sitio lo mucho que este mal pergeñado artículo debe, no sólo al *Manual de Ford*, cuya parte artística ha revisado y á veces rehecho enteramente el Sr. Riaño, sino á la enseñanza y consejos particulares de este arqueólogo y del Sr. Fernandez Gimenez, así como á los del catedrático de la Escuela de Arquitectura, Sr. Velazquez y á la *Guía* artística de Salamanca, todavía inédita, redactada por varios profesores de la Institución libre de Enseñanza (especialmente, por el Sr. Cossio) sobre los datos adquiridos en nuestras excursiones á la localidad con los alumnos de este centro. También con los señores Villar y Ordoñez, eruditos historiadores salmantinos, tengo muchas agradables deudas. Los libros de Parcésis Dorado y su continuador, así como los del Sr. Falcon, aunque adolecen de una precipitación que les hace incurrir en graves inexactitudes, merecen también que los mencionemos aquí: harto sé por propia experiencia cuán fácil es errar en asuntos que entre nosotros apenas se han estudiado y dada la falta de cultura arqueológica de que todos en general adolecemos, merced al atraso general de la nación, que atenúa nuestras comunes faltas.

(1) Cuadrado

NOTICIAS VARIAS

ALUMBRADO PÚBLICO ELÉCTRICO.—En la sección norteamericana de la interesante exposición de electricidad que se celebró en París, llamó la atención del público un nuevo sistema de alumbrado propuesto por el profesor A. Partz de Filadelfia.

Las principales ventajas de este sistema consisten: 1.º En utilizar más completamente la fuerza lumínica del foco y del aparato; y 2.º En alumbrar la parte baja de las vías, aun durante las nieblas más espesas. Los inconvenientes se pueden notar á la simple inspección de nuestro grabado, que representa el aparato en perspectiva; y estriban en el establecimiento de un aposento subterráneo en el centro de la calle ó plaza para la colocación de la lámpara eléctrica, que comunica con un foco de corriente por medio de los alambres usuales. Un aparato óptico proyecta la luz en sentido vertical al través de un tubo de hierro de unos 3 metros de longitud, esmaltado en su interior. De este tubo sale el haz lumínico hacia arriba en forma de cono sumamente prolongado, yendo á encontrar un reflector construido segun las leyes ópticas que la refleja sobre la vía pública y que está colocado á 40 ó 50 metros de altura, á fin de alumbrar la mayor extensión posible de terreno. De esta disposición resultan otros dos inconvenientes, á saber: la construcción sólida que ha de tener el armazón que soporta el reflector á la altura cuando menos de dos casas de 4 á 5 pisos, y la necesidad de que resista bien á los vientos huracanados, más violentos á dicha altura que cerca del suelo. El tercer inconveniente consiste en la dificultad de limpiar el reflector, que naturalmente se empaña á las pocas horas, expuesto como está al polvo, á los vapores acuosos de la atmósfera y al humo y otras partículas suspendidas en el aire, sin contar los efectos químicos y eléctricos de diferentes agentes siempre presentes en la atmósfera, aparte de que el reflector para ser eficaz ha de estar perfectamente terso y limpio, y ha de tener un diámetro cuando menos de 6 metros.

El inventor pretende que la luz, tanto en la parte baja como en la alta, es perfectamente igual y que á pesar de su gran intensidad no deslumbrará ni molestará.

**

MINAS DE ORO.—Los países del Lena (Rusia) han conservado en 1882 la preeminencia por lo que hace á la explotación del oro. Del distrito de Olekminsk se han extraído en dicho año 741 *ponds* 10 libras del precioso metal; de la provincia de Trasbaikalia 215 *ponds* 30 libras, y de la del Amor 254.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

POBLACION DE LA INDIA INGLESA.—De un detallado informe, hecho en vista del recuento del año último en la India inglesa, resulta que el decrecimiento de la población, sólo en la provincia de Madras, en un período de diez años, ha alcanzado á la cifra de 427.000 individuos, siendo ahora el número de habitantes de 31.176.631.

Esta disminución, debida seguramente á los efectos producidos por el último período de hambre que se atravesó, ha correspondido en particular á los distritos de Galem, Bellary-Karnvol y Cadalore. Lucknow es la única ciudad de la provincia cuya población pasa de 200.000 habitantes. De cada 100 mujeres casadas cuya edad varía de 15 á 55 años, el número actual de nacimientos asciende á 20.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON